

Olga De León González

EL REENCUENTRO

Plantó, o quizá debiera decir: dejó descansar el teléfono sobre la cubierta de madera negra, la del piano; tomó asiento en el banquillo acolchado y comenzó a tocar uno de los *Pequeños Preludios*, el BWV 926 en re menor; no con el metrónomo a ciento cuarenta, sino mucho más lento. Cometió varios errores de lectura dentro de los primeros quince compases: ya había tomado más de tres copas de tequila e interpretaba a primera vista; lo ponía nervioso el pensar que alguien más, además de su madre ahí de cuerpo presente, pudiera agolparse en el auricular o en la línea del teléfono en San Luis. Concluyó su interpretación sin más tropiezos, yendo de re menor a inestabilidad tonal y de ahí a re mayor, y sin mantener sus dedos sobre las teclas durante los tres tiempos que duraba el último acorde; se levantó y tomó de vuelta el teléfono en la Ciudad de México.

—¡Qué precioso, hijo!, - exclamó su madre, agradecida con la vida porque su hijo hubiese aparecido algunas horas antes para deleitarla con su interpretación.

—Ahí va quedando, - respondió Gustavo, afligido por sus errores de aquel domingo.

—No sé... ¿fue Bach o Mozart?

Ella no sabía si el continuo fluir de dobles corcheas contra corcheas simples que había escuchado, sin bajo de Alberti, era una pieza de Johan Sebastian Bach o de Wolfgang Amadeus Mozart; hacía tiempo que había abandonado el piano y con él la escucha de la buena música: ¡cosas y desvíos del camino!... solía concluir ella, cuando la memoria perdida le dolía, aunque no tanto como lo olvidado.

Pero gracias a su madre, él había descubierto la música clásica a los seis años, cuando la escuchaba tocar *Para Elisa* en el viejo piano destartado de su abuelo. Por ella decidió estudiar la carrera de piano en el Conservatorio Nacional, y porque el abuelo había dicho: “¡necesitamos un pianista en la familia!”, y la hija fue obediente, lo intentó en ella misma, aunque no logró mantener su

promesa por mucho tiempo, pronto se desviaría hacia otros estudios. Así fue como, a la memoria de Don Jesús y en recuerdo de su madre, Gustavo un día contó con una colección de cinco mil LP's; la gran mayoría de clásicos y de todos ellos destacaba la presencia del piano... y el violín, en algunos.

–Fue Bach, –le respondió Gustavo a su madre.

No quiso explicar más, ni mencionó que el libro frente a él le era nuevo, no lo había visto antes: ninguno de sus maestros consideró necesario que lo estudiara a los ocho años, antes de abordar *El Clave Bien Temperado*. Había aprendido durante su infancia algunas de las *Invenções* a dos y tres voces, pero solo algunas, su precocidad había sido monumental. Solo a la Maestra Balcácer le despertó en aquel entonces cierta preocupación de que no dedicara siquiera dos o tres meses a los *Pequeños Preludios*; “lo estamos tratando de hacer madurar demasiado pronto”, pensó ella.

–¿Y es un *Minué*?, –le preguntó su madre.

–No. – Respondió totalmente seco.

–Yo pensé... a lo mejor, por la velocidad.

Pero por la velocidad no había nada qué confundir. Aunque sí por el metro ternario de la pieza. El minueto fue en su tiempo una danza cuadrada en sus frases; el preludio no. Además, habría que definir si se trataba de un preludio de Bach, de Chopin, de Wagner o de Hindemith; pero él no le dijo nada, no quería ofenderla comportándose nuevamente como un pedante, ya tenía mucho de qué arrepentirse, y mucho por qué pedirle...

–El minueto es una danza, –comenzó Gustavo a explicar, –el preludio es... más libre... una introducción a algo...

Y ahí estaba su madre, a la intemperie de un clima que yo no podría definir... revelándose despojada de conocimientos musicales; sin recordar el impacto que sus propias pláticas en los conciertos habían tenido sobre la vida de su hijo.

Mientras... yo lo escuchaba inerte desde el sillón blanco de la sala, tapada con una ligera colcha celeste. Afuera, el ruido de los autos era suave, no como el de aquel viernes a las ocho de la noche cuando lo encontré tocando su violín mientras el rojo del semáfo-

ro permanecía muerto en el cruce de Sonora y Avenida México. Para mí, fue como si el corazón se me hubiera tornado blanco al verlo ahí, en esas condiciones de suciedad y miseria, a ese hombre que años atrás había amado tanto.

Él pensaba que desde los autos podía escuchársele tocar. Y es que algunos automovilistas, pasando lentamente a su lado, iban dejando caer una moneda; por eso él volvía ahí, sin tener la mínima sospecha de que era por la lástima que despertaba entre algunos conductores, que ellos bajaban el vidrio de la ventana y de un grito le hacían notar una pieza metálica de cinco o diez pesos que ponían en sus manos, o la arrojaban cerca de la acera. En realidad, nadie sabía quién era él, ni qué cosas había logrado en la vida... ni cuánto había enseñado a los demás.

Recordé cuántos “home-less” habíamos visto en el metro de Boston y en el de New York, por aquellos años cuando él estudiaba lo que sería su formación musical avanzada, ya con carácter profesional; entonces, comentábamos lo duro que habría sido la vida con esos hombres para que hubiesen acabado vagando por el mundo con la mirada perdida, pero la conciencia clara sobre un entorno infame y cruel que no pudieron cambiar ni con toda la preparación que en sus modales se dejaba ver. No eran simples vagos, eran almas decepcionadas de una realidad que no pudieron sobrellevar: desigual e injusta no solo con ellos, sino con las mayorías, eso era lo que en sus ojos leíamos.

Con Gustavo, yo aprendí que desnudarse es simple, no únicamente cuando una está sola, en un cuarto oscuro y sin espejos; ni con los ojos cerrados, sino frente a otros. También entendí que no es cuestión de moral, ni de valor, ni de aceptarse a sí misma frente al mundo, ni ante la vida; sino una cuestión de deseo. Pero ahora sé que desnudarse a los veinte años es distinto que a los cincuenta, y que morir desnuda tratando de hacer el amor es una situación casi... Con él, desnudarse no solo era quitarse la ropa, sino mirar con los ojos sin cerrar el corazón. Después de eso, el clímax no solo era sexual, sino como mirar a los astros y preguntarles con inocencia, sin pretensiones, ¿qué es el amor?, ¿de qué está hecho?

“Es como manejar el lenguaje”, diría la madre de Gustavo.

La ropa, como la palabra, cubre aspectos que ni una misma conoce, no solo nuestro cuerpo que no queremos enseñar; también nos ayuda a fingir, a ser lo que no somos, a sentirnos vivos. Pero cuando Gustavo tocaba mi cuerpo con sus manos de pianista de veinte años, era como soltar el corcel de la escritura en una carrera, dejar caer la última frase sobre una página que sabemos se leerá hasta que podamos corregirla de la manera más satisfactoria.

Y ahora que había descubierto su paradero, a media cuadra de mi casa, era la oportunidad para sacar un pendiente de años atrás, nunca resuelto. Para nosotros dos, desnudarnos a nosotros mismos era intenso, era como ser desnudados por alguien más, como si los ojos con los que nos veíamos, no fueran solo nuestros, sino los ojos de una multitud, los ojos del mundo y al mismo tiempo, solo los nuestros: esto estaba claro en nuestra conciencia.

Cuando le conté a Tim que había encontrado a Gustavo tocando en la calle, que él ya lo había perdido todo y ahora vivía debajo de un puente, no lo podía creer. Él sabía que Gustavo había desaparecido tres años atrás. Le conmovió, a pesar de que creo que a su esposa le gustaba, y él lo sabía, aunque nunca lo hubiese admitido, ni la hubiese cuestionado a ella al respecto. Guardó silencio por unos instantes, se metió en su propia reflexión, y suponiendo los apuros económicos en los que podía encontrarse en ese momento, me dijo: “el músico de estos tiempos es muy distinto al de otras épocas; tienes que hablar con él, que venga y nos platique acá en el hospital sobre música; incorpora sus ideas en tus escritos, te pueden ser de gran ayuda para el impacto entre el público”; entonces, Tim comenzó a explicarme sobre el nuevo concepto en el que trabajaba: Cantos Orgánicos. Y añadió: veamos qué le sucede y de paso, qué más ha descubierto o con qué se ha topado.

A los padres de Gustavo tuve que explicarles la situación antes de que pudieran hablarle; eso me recomendó Tim, el único médico que alcanzó a verlo. Cuando hallé a Gustavo, se encontraba un poco agresivo, y noté que no me reconocía: lo subí al auto con un chantaje: “Te voy a dar de comer”. Entonces llegamos al sanatorio

y no hilaba un solo par de palabras, me di cuenta de que necesitaba de tratamientos, de que algún psiquiatra lo atendiera. Pero era domingo y en el hospital no pudieron localizar a ninguno; en realidad, él no tenía seguro médico, era yo quien tenía derecho a la cita y también yo quien más la necesitaba después de ese encuentro; pensé que a él, a Gustavo, podría hacerlo pasar por mi esposo.

Entonces lo traje al departamento y Tim lo vio el mismo domingo. “Está irreconocible, y también muy agresivo”, me dijo, “ten cuidado; los medicamentos no van a surtir efecto pronto; en realidad te ignora, está mintiéndote al decirte que te quiere: ni él sabe bien quién es, habrá que esperar unas horas”. Y me dejó ahí, sola, con él. Por la madrugada lo desvestí y quise meterlo a bañar en agua fría, pensé que tal vez así reaccionaría como otras tantas veces en sus veintes. Comencé a besarle todo el cuerpo hasta llevarlo a la regadera. Ya le había mencionado la existencia de mi piano en la sala y que podría tocarlo después de hacer el amor conmigo. Pero el agua fría lo enfureció, sintió que lo engañaba y me empujó con fuerza, empañada su mirada de locura... resbalé sobre el piso... y mi cabeza, sobre la orilla del lavabo...

El horror lo hizo volver en sí. Lloraba y decía que los ángeles se acongojaban; ¡y yo también veía esa congoja angelical! Entonces, él levantó mi cuerpo, lo sumergió en agua ligeramente caliente y lo llevó al sillón de la sala, me tapó con la primera colcha que encontró. Luego se sentó al piano, descubrió la botella de tequila y la edición de los *Pequeños Preludios*; ensayó tal vez durante tres horas, hasta el amanecer. Encontró junto a mi teléfono una nota con el número de sus padres, quienes le contestaron desde San Luis: “¡qué precioso, hijo!”, alcanzó a escuchar con nitidez la voz de su madre, tras concluir la interpretación.

Y ese sonido familiar, esa natural dulzura, sin artificio, sin preludio, fue el pararrayos que lo sacó de sus tinieblas... por lo menos durante algunos instantes, los suficientes para lanzar un grito: “¡Ayúdame!, el brazo se me mueve solo, sin que yo lo quiera mover. ¿Qué me está pasando, madre?”. Del otro lado del auricular, allá en San Luis, el ahogo de una respiración que quiere ser calma,

apenas alcanza a pronunciar: “no lo sé hijo, no te puedo ver; pero te amo y tu padre también”.

Transcurrieron más de diez años y Gustavo habría de tener eventuales encuentros con el pasado, pero en ninguno encontró respuesta razonable a lo que había vivido. Por el contrario, en algunos eventos posteriores todo le hacía pensar en que el pasado seguiría recurrente en su presente y quizá seguiría preexistiendo en su futuro, a pesar de los pronósticos de los médicos que le vaticinaban no volvería a sufrir tales situaciones de tristeza, desolación, melancolía y en una palabra, del abandono de su ser a la deriva de las tormentas causadas por su debilidad emocional para encarar las situaciones que no deseaba vivir, pero que no las evitaba, porque al alejarse de ellas causaría tristeza y desamor en sus parejas. Siempre le había sido difícil, muy difícil, al grado de casi imposible, decir: “no, no quiero continuar viviendo una vida ajena, la vida que tú me has diseñado, no la que yo escogí”.

En las partidas de ajedrez con los amigos, hallaba momentos de distracción que ocupaban su actividad cerebral alejada de los fantasmas del delirio; pero no se engañaba, él quería ser otro, quería quizá ser escritor, o fotógrafo o compositor, o... No estaba seguro de lo que quería encontrar, pero sabía una cosa: deseaba buscar, y buscar hasta encontrarse con su propio y auténtico ser.

Qué difícil le resultaba convencer a las parejas de que no estaba contento con lo que era. Y ellas jugaban su propio juego, creyendo que era eso; ¡solo un juego! Juego del hombre que se ha cansado de la rutina y la monotonía de un trabajo que le demandaba no todo lo que él podía dar de creatividad y talento, pero sí de la fuerza de una máquina bruta para ensayar doce horas diarias, dejándolo sin tiempo ni espacio para la vida personal, para satisfacer las aspiraciones propias que cada ser inteligente sobre la tierra tiene.

Sus padres se lo habían dicho en más de tres o diez ocasiones: “tienes que hacer algo que a ti te guste mucho, tienes que dedicarle

tiempo a tu crecimiento esencial, el que te permitirá funcionar en este mundo voraz y mercantil con apaciguamiento y cierto contento, porque si haces también lo que te llena el alma, lo que te hace sonreír aun en días nublados o lluviosos, todo será soportable y hasta llevadero”.

Pero, no fueron los únicos que influyeron en su pasado y en su presente, también los maestros, algún compañero de la escuela básica, otro de la preparatoria y un par de amigos.

—¿Quién quisiera vivir muriendo a cambio de volverse genio, poeta exitoso o un loco científico?, le dijo bromeando un día el Doc, ese amigo fiel de la adolescencia. — ¡Nadie!, ni por un momento lo dudes, nadie, —diría con una mueca en los labios, que no pretendía parecer sonrisa pero tampoco un gesto de enojo o molestia. Simplemente, nadie en sus cinco sentidos.

Su madre se mantuvo quieta, en silencio, ligeramente atrás y hacia el lado izquierdo del piano. No ponía demasiada atención a la música, más bien esta fue el vehículo que la llevó como viajera en el tiempo a su pasado personal, al pasado de su infancia, a la casa paterna: la de los abuelos, como decía su hijo. El que nunca los conocería, porque ellos partieron mucho antes de que su madre y sus tíos alcanzaran la mayoría de edad; y no obstante, aprendió a amarlos a través de las palabras tejidas en historias y vivencias de su madre.

Al pianista que su abuelo hubiera deseado tener entre alguno de sus hijos, ahora lo bendecía desde el cielo. Y debía hacerlo, también la abuela, pues él no entendía qué le sucedía cuando caía en algún “episodio”, pero siempre salía de él completo, cuerdo, quizás hasta fortalecido y más seguro que antes, con la conciencia clara de que el camino hacia la felicidad seguía esperándolo, solo debía seguir buscando.

Aquella tarde, el sol comenzaba a ocultarse, pero no anochecía, y sin pensarlo mucho, como quien pretende dar muestra de que ha estado atento a la interpretación, una vez que el hijo ha concluido

de tocar los preludios o pequeñas piezas introductorias, la madre preguntó: ¿era un *Minué* o?... ¿Y de quién es, de Mozart o Bach?

Si tan solo pudiera volver al pasado, si tan solo pudiera evitar el sufrimiento del hijo...

—¡Qué importa mi ignorancia!, - pensaba su madre; tampoco le importaba su propio dolor. El sueño imposible de ella era que el hijo alcanzara la felicidad. Como si ser feliz tuviese más importancia que el bienestar de los pobres, o la salud de los enfermos, o la paz entre los hermanos, o la convivencia de todas las clases y géneros, o escribir sobre el encuentro apacible de un par de desconocidos que por un momento han olvidado quiénes son y se funden en el mismo pensamiento llevados por la música: “¡es estupenda, maravillosa!”, dirían ...aunque ellos no sepan quién la interpreta, en qué nivel está, quién la compuso, cuándo, por qué la compuso, a quién se la dedicó el autor.

Pero las madres son así, yo lo sabía aunque no fuera madre de nadie. Ellas pueden ser absurdas y, al mismo tiempo, lógicas y muy cuerdas; desprendidas, pero también egoístas, quieren el amor de los hijos solo para ellas.

Los sonidos seguían retumbando suavemente en mis oídos, ya no cimbraban las cuerdas del violín; salí del auto y pude ver que él había dejado sobre el pavimento, el arco y, regada sin ningún propósito ajeno a querer despojarse de todo, su ropa: el violinista acabó descalzo, pero con una gran sonrisa dibujada en sus labios: “¡No!”, gritó con fuerza; “no quiero que me des de comer”.

Y siguió sonriendo con una luz especial en su mirada, caminó un poco más sobre el delicado río cristalino tendido encima del pavimento; hasta que se descubrió desnudo y sintió pena, no por él, por su mujer que seguramente lloraría de dolor y él no entendería por qué lloraría, si era él quien estaba triste, muy triste y desolado; pero sonreía, y tampoco entendía por qué.

Sin afectaciones ni sobresaltos, en medio de la confusión, los ruidos de claxon y el destello de los faros, pronunció en su silencio y solo para sí:

¡Mañana será otro día!, ¡mañana será el reencuentro!